



**“HIJOS DE DIOS,”... QUE NOS HACE LLAMAR A DIOS “¡ABBÁ!”, ES DECIR,
“¡PADRE!”..**

**Comentario a la lectura de la carta del Apóstol san Pablo a los cristianos de
Roma 8, 14-17**

Autor: Pedro Sergio Antonio Donoso Brant

Nos atrevamos a llamar “Padre” a Dios, una verdad cristiana esencial y fecunda es la filiación divina. “A los que lo recibieron los hizo capaces de ser hijos de Dios (Jn 1,12).)

A partir de Cristo, podemos acercarnos a Dios en espíritu y en verdad. “Respondió Jesús: En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. (Jn 3,4). Un Dios que nos aguarda y que se preocupa, ante todo, por ver a sus hijos heredar su vida, mediante el sí filial en su propio Hijo, Jesucristo.

San Pablo, dirigiéndose a los cristianos de Roma:

Todos los que son conducidos por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y ustedes no han recibido un espíritu de esclavos para volver a caer en el temor, sino el espíritu de hijos adoptivos, que nos hace llamar a Dios “¡Abbá!”, es decir, “¡Padre!”. El mismo Espíritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, también somos herederos, herederos de Dios y coherederos de Cristo, porque sufrimos con él para ser glorificados con él. (Roma 8, 14-17)

1. SER HIJOS DE DIOS E INVOCAR A DIOS COMO PADRE

Esta expresión “hijos de Dios,” o ser hijos de Dios, que utiliza San Pablo, también está en el Antiguo Testamento: “Así dice Yahvé: Israel es mi hijo, mi primogénito. Yo te he dicho: “Deja ir a mi hijo para que me dé culto” (Ex 4,22). “Hijos sois de Yahvé vuestro Dios.” (Dt 14,1). “Pues si el justo es hijo de Dios, él le asistirá y le librá de las manos de sus enemigos.” (Sab 2,18)

También en el Antiguo Testamento se invoca a Dios como Padre: “¿Así pagáis a Yahvé, pueblo insensato y necio? ¿No es él tu padre, el que te creó, el que te hizo y te fundó?” (Dt 32,6). “Oíd, cielos, escucha, tierra, que habla Yahvé; “Hijos crié y saqué adelante, y ellos se rebelaron contra mí.” (Is 1,2). Y de este modo también lo hicieron a veces los israelitas; “Porque tú eres nuestro Padre” (Is 63,16). “Pues bien, Yahvé, tú eres nuestro Padre. Nosotros la arcilla, y tú nuestro alfarero,” (Isaías (SBJ) 64).

En el Antiguo Testamento, nos muestra un concepto elevadísimo de paternidad divina, que define la relación que quiso tener Dios con su pueblo,

El hijo honra a su padre y el servidor teme a su señor. Pero si yo soy Padre, ¿dónde está mi honor? si soy Señor, ¿dónde está mi temor?, les dice el Señor de los ejércitos, a ustedes, sacerdotes, que desprecian mi Nombre. Y ustedes dicen: "¿En qué hemos despreciado tu Nombre?". (Malaquías 1, 6)

Como un padre cariñoso con sus hijos, así es cariñoso el Señor con sus fieles; (Sal 103, 13)

2. LA IDEA DE AMOR; NO ES EL ESPÍRITU DE “SIERVOS” CON SU AMO, SINO EL DE “HIJOS” CON SU PADRE

La primera y principal disposición de ánimo hacia la divinidad, lo mismo entre judíos que entre gentiles, era el temor, no el amor, idea esta que quedaba muy en segundo plano. Ahora, en los nuevos tiempos del Evangelio, es al revés. Aunque seguimos reconociendo la omnipotencia y la justicia de Dios, predomina la idea de amor; no es el espíritu de “siervos” con su Amo, sino el de “hijos” con su Padre, el que regula nuestras relaciones con Dios; (cf. Mt 6:5-34).

San Pablo ve la prueba de esta realidad en ese sentimiento de filiación respecto a Dios que experimentamos los cristianos en lo más íntimo de nuestro ser: “espíritu de adopción”, que hace le invoquemos bajo el nombre de Padre. Es un sentimiento que no procede de nosotros, sino que lo “hemos recibido” y está íntimamente relacionado con la presencia del Espíritu en nosotros.

3. PADRE, EN CRISTO JESUS

En los labios de Nuestro Señor Jesucristo, la expresión Padre adquiere un significado muy profundo. Cristo Jesús, nos ha invitado a expresarnos así mismo delante de Dios, reconociendo nuestra identidad de “criatura nueva en Cristo Jesús”

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo; por cuanto nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia con la que nos agració en el Amado. (Ef 1, 3-6)

Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no le conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es. (1 Jn 3, 1-2)

Los que llaman Padre a Dios, comienzan en su oración presentándose a Dios tal

como Dios lo ha creado para sí en Cristo Jesús. Sea esta la forma de orar para que todo lo demás sea un reflejo de esa actitud de hijo de Dios, que eleva su oración al Padre de su Hermano Primogénito, como ansía que la gracia del Evangelio se convierta en él, voz de deseo y humilde suplica.

4. UN PADRE CERCANO, QUE ES AMOR

Hay algunos conceptos que hablan de Dios como una fuente extraña de energía, y hablan solo de Dios como si fuera de una enigmática naturaleza. Jesús nos dijo: “nadie conoce al Hijo sino el Padre, así como nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar. (Mt, 11,27). Jesús nos reveló un Padre que no es impersonal, ni menos lejano, al contrario, cercano a nuestras dificultades, concededor de nuestros padecimientos. Cristo nos enseñó un Padre que escucha y que en todo momento está animado por su amor para entregarlo a sus hijos, y nos ha enseñado que podemos esperar una respuesta de Él. Es así, que no solo creemos en Dios como Padre, tenemos Fe en Él, es Padre de nuestras esperanzas, es un Padre que es amor.

5. EL MISMO ESPÍRITU SE UNE A NUESTRO ESPÍRITU PARA DAR TESTIMONIO DE QUE SOMOS HIJOS DE DIOS.

Esta presente en diversos relatos del Nuevo Testamento ese sentimiento o “espíritu de adopción” que se debe a un nuevo nacimiento que se ha aplicado en nosotros a raíz de la justificación, al hacernos Dios partícipes de su misma naturaleza divina (cf. 2 Pe 1:4), entrando así a formar parte real y verdaderamente de la familia de Dios. A este testimonio de nuestro espíritu une su testimonio el Espíritu Santo mismo, testificando igualmente que somos “hijos de Dios”; “El mismo Espíritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios.”.

No es fácil precisar la diferencia entre este testimonio del Espíritu Santo y el de nuestro espíritu bajo la acción del Espíritu Santo. Posiblemente se trate simplemente de mayor o menor intensidad en esa como posesión del alma por parte del Espíritu Santo. En todo caso, podemos afirmar que el testimonio del Espíritu Santo, infalible en sí mismo, tiene valor incondicional, tratándose del conjunto de los creyentes.

6. Y SI SOMOS HIJOS, TAMBIÉN SOMOS HEREDEROS, HEREDEROS DE DIOS

Terminada la prueba, en seguida la conclusión esperada: “Si hijos, también herederos..” Es aquí donde quería llegar San Pablo. Adviértase que la eterna glorificación es para el cristiano, no una simple recompensa, sino una herencia, a la que tenemos derecho, una vez que hemos sido “adoptados” como hijos de Dios: “Y ustedes no han recibido un espíritu de esclavos para volver a caer en el temor, sino el espíritu de hijos adoptivos, que nos hace llamar a Dios “¡Abbá!”, es decir, “¡Padre!”. De este modo está haciéndonos ingresar en su familia.

7. COHEREDEROS DE CRISTO, PORQUE SUFRIMOS CON ÉL PARA SER GLORIFICADOS CON ÉL.

Con ello nos convertimos en “coherederos” de Cristo, el Hijo natural de Dios, que ha ingresado ya también como hombre en la posesión de esos bienes. “Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre. Para que al

nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre.” (Filipenses 2, 9-11), para nosotros todavía futuros (cf. v.23-24).

San Pablo, más que hablar de “herederos de la gloria,” habla de “herederos de Dios,” quizás insinuando que poseeremos al mismo Dios por la visión santa que expresa en Corintios; “La caridad no acaba nunca. Desaparecerán las profecías. Cesarán las lenguas. Desaparecerá la ciencia. Porque parcial es nuestra ciencia y parcial nuestra profecía. Cuando vendrá lo perfecto, desaparecerá lo parcial. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño. Al hacerme hombre, dejé todas las cosas de niño. Ahora vemos en un espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo parcial, pero entonces conoceré como soy conocido. Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad. (1 Corintios 13:8-13)

Como conclusión, no se olvida de recordar una doctrina para él muy querida, la de que nuestra suerte está ligada a la de Cristo, y hemos de “padecer con El,” si queremos ser “con El glorificados”.

Muchas Bendiciones

Pedro Sergio Antonio Donoso Brant

Junio 2009